

CULPABLES DE SU INOCENCIA **(Atemporalidad / Anacronismo, Represión / Regresión)**

La primera vez que estuve en Berlín, al salir de la boca del subte en la estación Puerta de Brandemburgo y encontrarme inesperadamente frente a esa imagen, con la escultura de la cuadriga en su techo representando por la victoria alada las victorias del imperio, y con todo su poderío simbólico en la división y luego reunificación alemanas, cuando estuve por primera vez frente a esa foto tantas veces vista, en películas, noticieros, documentales, libros, periódicos, pesadillas... me pregunté si efectivamente el tiempo había pasado, o si aún...

Persiste así un anacronismo: en determinada provincia rigen aún los *fueroi*, y es así como se originan las reliquias arcaicas
S. Freud, carta 52

En estos últimos meses en mi país ha habido una notable proliferación de denuncias públicas de abuso sexual: este hecho tuvo una singular incidencia en los análisis, no solamente por su reiterada mención en las sesiones, sino por la aparición insistente de una pregunta: “¿habré sido abusada?”. Entiendo que dicha pregunta no se corresponde en todos los casos con una identificación histérica a las mujeres abusadas -que los medios favorecen con su exposición, y más cuando se trata de mujeres conocidas públicamente-, sino que se han reavivado nebulosos recuerdos de infancia que habían quedado silenciados, como si hubieran persistido al margen de la neurosis.

Las analizantes que han pasado por experiencias de esa naturaleza suelen presentar el modo de su implicación subjetiva distinguiendo dos tiempos de manera bien nítida: el primero es el de la escena del abuso, en general reiterada durante cierto tiempo y casi invariablemente practicada por un hombre cercano al entorno de los padres de la niña, cuando no por familiares directos. En ese tiempo el abuso no fue vivido como tal y por lo tanto suele haber sido silenciado ante los padres. El segundo tiempo es el de la atribución sexual del hecho, y es esta atribución retroactiva la que lleva a la denuncia, de un modo que a veces es juzgado como extemporáneo.

Entre el suceso o los sucesos vividos en la infancia, a los que no se atribuía contenido sexual, y la posterior atribución sexual retroactiva han ocurrido, típicamente, las metamorfosis de la pubertad. Freud así explicaba -en su Entwurf- el síntoma de Emma, quien no se atrevía a entrar a una tienda por cuanto los empleados se reírían de sus vestidos. El término que Freud nos presenta en ese texto para dar cuenta del síntoma, conocido como *proton pseudos*, ha sido invariablemente errado en su lectura. No se trata de ninguna mentira histérica, sino que lo que se presenta como primera escena, como si fuera la primera premisa de un silogismo, eso es lo falso; no es que sea falsa la premisa, lo cual tampoco importaría demasiado, ya que de lo falso bien se puede concluir lo verdadero: lo falso es que esa fuera la primera premisa. En efecto, había existido una escena previa, olvidada -reprimida- que no es develada sino en un segundo tiempo, conforme a la temporalidad que Freud descubre y que nombra *Nachtraglichkeit*.

Esta sencilla inversión de la lógica temporal introduce la distinción entre por un lado la temporalidad preconsciente, la del discurso corriente, cronológica, y por el otro lado la llamada atemporalidad inconsciente, entendida como la persistencia de una eficaz actualidad de lo olvidado que va a contracorriente del paulatino anochecer de los recuerdos. Lo olvidado reprimido queda así a salvo de los avatares de la memoria. No se trata estrictamente de algo fuera del tiempo, sino de otra dimensión del tiempo, para la que prefiero el término *ex_temporal*, aquello que *ex_siste* a la dimensión imaginaria continua del tiempo cronológico. Lo reprimido tiene por lo tanto una eficacia *ex_temporal*, lo que hace que muchos analizantes se confundan y se reprochen el continuar hablando de sus padres, de su infancia, de sucesos acaecidos tanto tiempo atrás. Los confunde no percatarse que esas escenas reiteradamente relatadas no involucran a sus familiares más que por ser aquellos que encarnaron en la extensión los encuentros del sujeto con determinados problemas de estructura -en intensión-, y que no lograron ser resueltos acabadamente. De ahí su persistencia, su fijación.

Algunos analizantes consideran que hablar de esos sucesos tan alejados en el tiempo constituye un anacronismo y se defienden de hacerlo. Pero con esa defensa lo que se defiende es otra cosa que un olvido. Lo anacrónico alude a otra dimensión de lo temporal, que no tiene estricta relación con lo olvidado reprimido, sino con aquello que nunca pudo haberse olvidado, sea porque no fue nunca objeto del recuerdo -en el sentido de que no hay trazo de percepción de tal suceso-, o porque resulta de una construcción -nunca tuvo existencia real-.

Si bien lo anacrónico no es lo *ex_temporal*, ambos se anudan en las fijaciones, como lo señalara Freud desde la carta 52 a Fliess.

Es este el problema lógico con el que solemos encontrarnos en la proliferación de denuncias a posteriori de abusos, no solo los acaecidos en la infancia, denuncias que ahora pululan en los relatos analizantes, habiéndose puesto de moda, pero también habiéndose habilitado un discurso -vecino del discurso de género- que permite hacerlo pasar a la esfera de lo público: haber sido abusada, eso ya no constituye una vergüenza, sino una ofensa por la que se puede exigir resarcimiento. Algo ha cambiado, y parece transmitirse gracias a la potente prédica feminista: lo que estaba acallado porque no tenía un discurso para hacerlo pasar, ha encontrado ahora un discurso... para hacerlo pasar al mercado, como mercancía -he ahí el extravío de algunos de esos pasajes-.

Al señalar que se trata de un problema lógico quiero enfatizar que nuestra atención no ha de dirigirse a la cuestión fáctica de los sucesos relatados -que, como se aprecia, son necesariamente reconstruidos- sino a la cualidad anacrónica de lo que allí se juega y, más específicamente, a las condiciones del goce que empujan a esa reconstrucción.

La razón -es decir la lógica- por la cual el abuso en la infancia no podría haber sido denunciado en el tiempo de su efectiva producción es porque hay allí una satisfacción en juego -del adulto respecto de la inocencia infantil- que el niño o la niña desconocen como tal. No es que lo desconozcan en el sentido del desconocimiento propio del Yo, sino que no han llegado aún a conocerlo en el sentido que la Biblia da al "conocer". El conocimiento del singular placer localizado en la excitación de los genitales no había advenido aun y no estará disponible sino al producirse el segundo empuje de la sexualidad, como muy tempranamente lo entrevió Freud.

Lo anacrónico no es lo que está fuera del transcurrir común del tiempo, como lo atemporal o *ex_temporáneo*, sino lo que no es acorde a "su" tiempo. Los ejemplos de diccionario nos llevan a imaginar que se encuentren restos de jarrones antiguos en Dubái -ciudad a la que algunos gustan visitar precisamente por carecer de historia y, por tanto, de museos históricos-, o a imaginar a Sócrates hablando con Teeteto por medio de WhatsApp en un Diálogo de Platón. A propósito, Lacan señala un anacronismo en El Banquete, ya que en él se relata un suceso -la disgregación de Mantinea- que acaeció luego de la fecha en la que suponen los historiadores que se publicó el texto.

Lo anacrónico, entonces, puede referirse tanto al pasado como al futuro, de ahí que el término intervenga en la dialéctica anticipación / retroacción. Daniel Arasse, en el campo de la crítica e historia del arte, se sirve de este término para destacar que algunas muestras de nuestra época reciente no privilegian el acceso a la obra de arte sino a la puesta en escena -anacrónica en tanto que tal- del curador de turno. Como ejemplo de anacronismo consideremos la Anunciación de Filippo Lippi que hoy puede observarse en la National Gallery de Londres, un cuadro cuya ubicación original lo fijaba sobre una puerta de unos cinco metros de altura. El cuadro tiene un detalle -tal el título del libro de Arasse- y es que el rayo divino penetra por un orificio en el vestido de María, justo a la altura del ombligo. El detalle no podría de ningún modo ser observado desde la distancia a la que un visitante de la iglesia tenía acceso al contemplar la tela en su ubicación original. Ese detalle, que hoy cualquiera de nosotros puede ver y que los medios técnicos amplifican a su capricho, ¿pertenece o no a la obra?

Otro tanto podría plantearse respecto del Angelus de Millet en el que, por una notable intuición de Dalí, se ha descubierto por rayos X el borramiento de la figura del ataúd del niño (el angelus) muerto. Ese ataúd, ¿pertenece o no a la pintura?

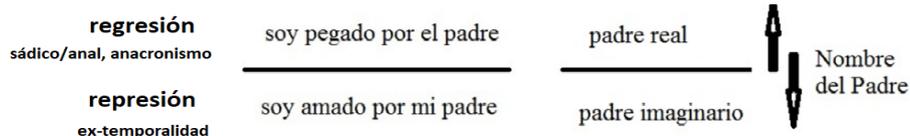
Me interesa sostener esta pregunta por cuanto en los procesos de duelo solemos escuchar que los analizantes se encuentran con objetos del muerto que aquel guardaba celosamente ocultos, y que al revelarse insembran para la historia elementos hasta entonces no conocidos. En tanto no hubo inscripción -para los deudos- de esos fragmentos objetales, no hubo noticias de esos fragmentos de relación al goce durante la vida del muerto, podemos sostener que su aparición constituye un anacronismo. ¿Cómo se sitúan estos nuevos elementos de la historia cuando advienen a los analizantes, siendo que no provienen del retorno de lo reprimido?

A mi modo de pensarlo se procesan del mismo modo que aquellos restos de cosas vistas y oídas y ulteriormente entendidas: para el proceder de ligadura del aparato freudiano no habría diferencia entre lo que no se marcó en la historia (aquello de lo que no hay huella en la percepción) y lo que resulta de una construcción (por cuanto nunca existió). De este modo, ciertos momentos del duelo se sostienen en un trabajo que se emparenta con el de la atribución anacrónica de un goce sexual a escenas de la infancia.

Freud nos ofrece en la construcción del fantasma “un niño es pegado” la articulación de aquello que nunca existió (la escena del segundo tiempo del fantasma) con las cosas vistas y oídas y posteriormente entendidas como sexuales. Me interesa subrayar que Freud plantea la necesidad de esa construcción por cuanto explica el pasaje de la primera etapa de la fantasía -escena fija: el padre pega a otro niño- a la tercera, en la que aparecen sustituciones; estas sustituciones son los subrogados paternos, las variaciones en la acción -humillación, sanciones- y la variabilidad del objeto. Estas sustituciones solamente pueden tener lugar por la introducción de la función de sustitución como tal, lo que con Lacan llamamos metáfora del Nombre-del-Padre.

Es para subrayar que en todas las versiones de la fantasía Freud refiere que el agente es “el padre” (Ich werde vom Vater geschlagen), incluso con un agregado entre paréntesis: “el padre (de la niña)”; en ningún momento la fantasía toma la expresión “mi padre”. Efectivamente, “mi padre” es lo reprimido que no aparece en la fantasía, en tanto que Freud nos advierte que lo reprimido es el amor de un padre y a un padre (aquí leeríamos “mi padre”), mientras que el azote propinado por “el padre” alude a una de las presentaciones de la perversión que ya Freud había recogido en las fantasías histéricas.

De este modo nos encontramos con lo ex_temporáneo del amor a un padre y de un padre, amor reprimido, inconsciente, todo esto contrapuesto a lo anacrónico ligado a la perversión de “el padre”, como regresión a un modo de satisfacción sádico-anal.



¿Acaso la represión ex_temporal del amor por un padre, amor reprimido por cuanto adquirió retroactivamente connotaciones sexuales, puede propiciar o favorecer esa latencia entre la escena acaecida y la ocasión de su denuncia? Suele escucharse en boca de las víctimas un ensayo de defensa del atacante: “pero me quería...”

Uno de los argumentos esgrimidos por los acusados de abuso es precisamente el tiempo transcurrido entre el suceso denunciado y el momento de la denuncia, no solamente por cuanto podría haber prescrito la penalidad del ilícito, sino porque se deja entrever que, en aquel tiempo, lo que hoy denuncia antes “no le había disgustado”. Ese intento de defensa, aunque roza la canallada, también sitúa una verdad de estructura que confirma la perspicacia freudiana: en el síntoma neurótico conviven un beneficio primario y otro secundario; el primero comporta una satisfacción conseguida por regresión, el otro beneficio se obtiene por represión, estando ambos anudados por una fijación: solamente cuando se separan, cuando se sueltan, comienza a padecerse -a producir disgusto- el síntoma, es decir: a presentarse estrictamente como tal.

La paradoja neurótica es que esa formación sintomática se construye sobre lo que nunca existió como tal, de ahí que la culpa asociada al síntoma haya sido planteada por Freud como inconsciente -no se sabe de qué se es culpable-. En el sentimiento consciente de culpa que invariablemente acompaña a la “confesión” de un abuso sexual no declarado en su momento, de lo que en verdad se trata es de un reproche (anacronismo), es el haber padecido la inocencia infantil -en nuestro país se decía “no estar avivado”, no estar al corriente de lo sexual-.

El reproche suele tomar la forma de “¿cómo no me di cuenta?” o “creí que era lo normal”. En cambio, lo que se reprime (ex_temporalidad), dando razón al “sentimiento de culpa inconsciente”, es el amor erotizado por un padre.

Así, como señalaba Freud, no se trata de desculpabilizar al neurótico, sino de discernir de qué culpa se trata, y de qué estrategias se sirvió la neurosis para disfrazarla de reproches -propios y ajenos-. De no producir esta distinción, allanamos el camino que invierte el cargo de la prueba, y convierte en sospechosas a la víctimas: culpables de haber sido inocentes.